

Guerras y proteccionismo perpetúan el hambre

Rafael Serrano, Redactor Jefe de *Acepresa*, aborda en profundidad el problema de la pobreza. Aclara que en el mundo se producen alimentos de sobra para todos los habitantes. Sin embargo, 800 millones de personas pasan hambre en nuestro planeta.

Extractos del artículo publicado el 19-06-2002.

(...)

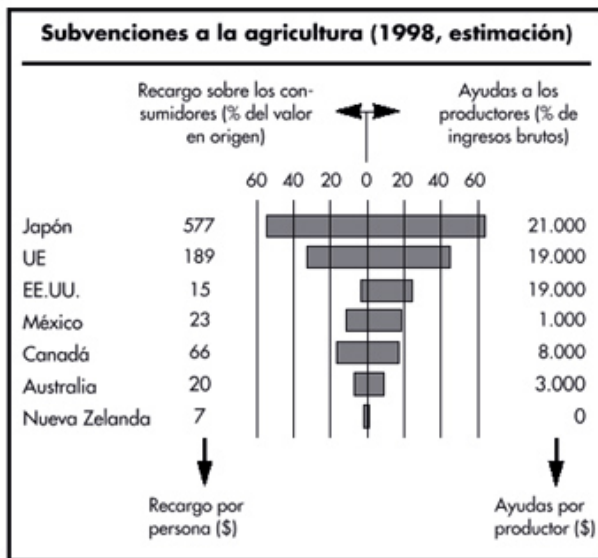
En Malawi faltan alimentos porque el gobierno malvendió 167.000 toneladas de las reservas de cereales, y el dinero ha desaparecido. Zambia aloja a unos 300.000 refugiados de Angola y Congo, de los que casi la mitad dependen de la ayuda alimentaria; además, los agricultores del país son demasiado vulnerables a los caprichos del clima por culpa de la irregular distribución de fertilizantes y los sistemas de riego mal planteados. La agricultura de Zimbabue está patas arriba por la política de redistribución de tierras, aplicada con violencia por las turbas adictas al partido en el poder; la invasión de explotaciones comerciales desalienta a los agricultores de sembrar, de modo que el país, antes exportador neto de cereal, con cosechas de 1,8 millones de toneladas anuales, este año ha producido solo 480.000 toneladas. En cuanto a Angola, acaba de salir de una larga guerra. Finalmente, Madagascar ha tenido buena cosecha este año, pero la revuelta política ha encarecido los alimentos y obstaculiza la distribución.

Si los conflictos provocan crisis alimentarias, la subnutrición persistente se debe a la pobreza. “Los que pasan hambre son en general demasiado pobres para comprar alimentos, si los hay en las cercanías”, sentencia la especialista francesa Sylvie Brunel, autora de *Seguirán muriendo de hambre*, en su último libro, *Famines et politique* (Presses de Sciences PO, 2002). (...) El director general de la FAO, Jacques Diouf, resumía el problema de este modo: “Todavía hay 800 millones de personas que no tienen suficiente dinero para comprar la comida que necesitan” (*New York Times*, 9-VI-2002). En efecto, el problema de la alimentación está ligado al desarrollo. Para resolverlo se necesita ayuda internacional, pero también políticas eficaces y gobiernos no corruptos en los países pobres: como ha mostrado el economista indio Amartya Sen, premio Nobel en 1998, ninguna nación democrática ha padecido hambrunas.

Ahora bien, la satisfacción de las necesidades alimentarias no requiere opulencia, sino que la agricultura de los PED sea más productiva y rentable. Los productos agrícolas son –con los textiles– casi los únicos en que los PED pueden ser competitivos. Si tuvieran abierto el acceso a los mercados de los países desarrollados (PD), se fortalecería la agricultura de los pobres.

(...) Las aduanas del mundo rico siguen siendo inexpugnables para las principales exportaciones de los pobres. Desde la rebaja general de aranceles que dio origen a la Organización Mundial del Comercio (OMC), las transacciones internacionales han aumentado rápidamente, entre el 4% y el 11% anual (en 2001 se ha registrado el primer descenso, del 1%). Pero ha sido una liberalización asimétrica, fuertemente escorada a favor de los PD. Según la OMC, los aranceles medios son hoy del 10% para los productos manufacturados; pero los impuestos a los productos agrícolas están en el 40%. En consecuencia, calcula el Banco Mundial, los PED soportan, por término medio, derechos de aduana superiores al 14%, más del doble que los PD (6%).

Es cierto que la Unión Europea (UE) y Estados Unidos han otorgado exenciones arancelarias a los países más pobres. Pero se trata de excepciones, limitadas además. Por ejemplo, Ghana puede vender cacao a la UE; pero obtendría mayor rendimiento si exportara, en vez de cacao en grano, el producto elaborado, y he aquí que la manteca de cacao y el chocolate están sujetos a elevados aranceles en la UE, para proteger a los chocolateros europeos. La ley norteamericana AGOA ha suprimido los aranceles para los productos textiles africanos; pero exige, para que se aplique la exención, que estén hechos con tela procedente de Estados Unidos.



Fuentes: OCDE, ONU, *The Economist*

(...) En estrecha relación con las barreras arancelarias están las subvenciones a la agricultura de los PD. Suman más de 300.000 millones de dólares al año: seis veces la ayuda oficial al desarrollo destinada a los PED, o –como gusta anotar James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial– una cantidad similar al PIB total del África subsahariana.

(...) La mayor fortaleza agraria sigue siendo la UE (...). En la “Ronda Uruguay” (1986-1994), los PD –bajo el impulso de Estados Unidos– habían acordado poner topes a los subsidios agrarios y reducir gradualmente los que más distorsionan el comercio internacional: los que se dan en función de la producción o de los precios. Así, la UE, que en 1990 gastaba más del 90% de las subvenciones de esa manera, en 2000 había bajado la proporción al 20%; ahora, la mayor parte de los subsidios son pagos directos a los agricultores, menos distorsionantes. Por su parte, Estados Unidos aprobó en 1996, cuando los republicanos dominaban el Congreso, con Newt Gingrich a la cabeza, una ley agraria muy liberalizadora, que recortó las subvenciones –con vistas a hacerlas desaparecer gradualmente– y las desvinculó, en gran parte, de la producción.

(...) “Las subvenciones agrarias de los países ricos constituyen una práctica desleal contra las exportaciones agrícolas de los países pobres”, ha escrito Nicholas Stern, economista jefe y primer vicepresidente del Banco Mundial (*Le Monde*, 22-V-2002). Un estudio del Banco y del Fondo Monetario Internacional señala, a título de ejemplo, que si los precios mundiales del algodón no estuviesen deprimidos por los subsidios de los PD, el número de pobres en Burkina Faso podría reducirse a la mitad en seis años (cfr. *Washington Post*, 5-V-2002). Por eso dijo a los PD en la Cumbre de la FAO el vicepresidente filipino, Teofisto Guingona: “Nosotros somos pobres. Vosotros sois ricos. ¡Igualad las reglas del juego!” (...). Lo recuerda Yoweri Museveni: “Si alguien compra lo que Uganda produce, da a mi país la mejor asistencia posible, en especial si se trata de bienes elaborados, que suelen proporcionar más empleos y de cualificación más alta, y que reportan beneficios indirectos a toda la economía” (*Wall Street Journal*, 24-V-2002).

(...) Se podría decir, un tanto cínicamente, que la desgracia de los campesinos del sur del planeta es que no votan en el norte. Pero si la “globalización” ha de ser auténtica, no puede consistir solo en comerciar con el extranjero: también tiene que significar tener en cuenta las repercusiones internacionales de lo que se decide en casa.